

12 mujeres, 12 recetas, 12 historias que se entrecruzan sin quererlo, como todo lo importante en la vida



www.recetasyconfidencias.es

Recetas y confidencias

Ann Pearlman

Traducción de Montse Triviño

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Christmas Cookie Club*

© Ann Pearlman, 2009
© por la traducción, Montse Triviño, 2010
© Editorial Planeta, S. A., 2010
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: noviembre de 2010
Depósito Legal: M. 40.981-2010
ISBN 978-84-08-09668-9
ISBN 978-1-43-915939-2, editor Simon & Schuster, Nueva York, edición original
Composición: Anglofort, S. A.
Impresión y encuadernación: Dédalo Offset, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

PRÓLOGO

NOS REUNIMOS TODOS LOS AÑOS

Soy la jefa de las brujas galleteras y ésta es mi fiesta. El Club Navideño de la Galleta se reúne siempre el primer lunes de diciembre. Una fecha que hay que apuntar en el calendario. Nos juntamos doce mujeres y cada una trae trece docenas de galletas envueltas en paquetitos. Galletas caseras, claro. Además, cada una trae algo para picar y una botella de vino. Hace dieciséis años, cuando se fundó el club, nos bebíamos el vino y luego nos íbamos a bailar. Ahora bebemos un poco de vino y nos quedamos charlando en mi casa, o ponemos música de Al Green y bailamos. Nuestra canción favorita es *Love and Happiness*. Por turnos, cada una va contando la historia de las galletas que ha hecho, historias que en cierta manera son representativas de lo ocurrido durante el año. Repartimos los paquetes y donamos la decimotercera docena a una residencia para enfermos terminales. Hemos donado galletas desde el principio, porque el Club Navideño de la Galleta se basa, precisamente, en dar. No se trata sólo de compartir esas apetitosas golosinas con nuestros amigos y familias, sino también con personas a las que no conocemos, personas que tal vez estén pasando unos momentos tristes y agradezcan unos cuantos dulces envueltos.

Porque no miento si digo que, en el medio oeste, el invierno puede llegar a ser muy triste. Cielos grises, frío... La poca luz diurna que vemos durante esos meses suele ser mortecina. Los lagos de abundante agua hacen del verano una maravilla, pero en invierno están cubiertos de nubes. Hay que añadirles un poco de luz y alegría, porque al fin y al cabo... ¿acaso la Navidad, con sus luces, y la festividad de Jánuca, con sus velas, no consisten en iluminar un poco esta época oscura del año? Sentimos la necesidad de recordarnos que, a la larga, el sol desplazará la noche hacia márgenes más razonables. El Club Navideño de la Galleta sirve, sobre todo, para recordarnos la alegría. Y, por supuesto, también para recordarnos que las amigas se ayudan unas a otras a soportar el yugo diario y a compartir los momentos de dicha.

Tenemos unas cuantas normas que hemos ido añadiendo con los años. Aquí están, por si a alguien le interesa algún día formar su propio club:

1. Nada de galletas con trocitos de chocolate. Hubo un año en que cinco chicas del club trajeron las mismas galletas.
2. Nada de barritas. Se pegan unas a otras y se desmenuzan.
3. Nada de platos cubiertos con film transparente y adornados con lacitos. A ver quién es la valiente que lleva a la vez doce platos cubiertos con film transparente. Ni siquiera yo, que he trabajado de camarera, soy capaz de conseguirlo. Además, resultan demasiado sosos como para ofrecerlos a las entidades benéficas. Las galletas hay que ponerlas en pequeños recipientes que las conviertan en un atractivo regalo. Y la ventaja añadida es que luego podemos usar esos recipientes para envolver otros regalos.

4. No más de doce mujeres en el grupo. Hubo un año en que éramos quince y todo el mundo se quejó de que resultaba muy pesado preparar dieciséis docenas de galletas. A mí no me parecía que tres docenas más fuera mucho problema, pero no me quedó más remedio que claudicar ante las presiones. Así, el grupo lo forman doce mujeres. Y preparamos la docena del fraile. Poético, ¿no?
5. Nadie puede faltar un año. Si alguien no puede venir, tiene que mandar sus galletas o de lo contrario pierde el puesto, porque hay lista de espera para entrar en el club. Esta norma es un resultado de la anterior.
6. Después de cinco años consecutivos asistiendo a la fiesta, se consigue un puesto vitalicio. Ya nunca se la podrá echar, a menos que un año no traiga galletas ni las envíe.
7. La fiesta se celebra siempre el primer lunes de diciembre. Importante marcarlo en el calendario para que no se pase la fecha.
8. Es obligatorio traer copias de la receta para las demás.

Jackie se enamora, se casa, se muda al este y deja de venir. A Donna le encanta la fiesta, pero detesta hacer galletas. Janine se lía con un compañero de trabajo, se divorcia y se traslada con su nueva pareja a Benton Harbor. Así, siempre queda libre algún puesto para galleteras vírgenes. La lista de miembros fluctúa igual que nuestras vidas. Justo después del día de Acción de Gracias, nos ponemos a hornear, compartimos deliciosas galletas con las demás y con la residencia para enfermos terminales, y luego cada cual reparte entre amigos, familias, vecinos, canguros y manicuras las docenas de galletas variadas

que ha recibido durante la fiesta. Y todos ellos, a su vez, obsequian a los invitados de otras celebraciones de Navidad, Jánuca o solsticio de invierno. Es como un efecto dominó de apetitosas golosinas en la época más oscura del año. Un efecto dominó en nuestras vidas que expresa la alegría de los momentos que compartimos.

CAPÍTULO 1

MARNIE

Bolas de mantequilla y nueces pacanas

2 tazas de nueces pacanas troceadas

2 tazas de harina

1 taza de mantequilla derretida

½ taza de azúcar

2 cucharaditas de vainilla

¼ de cucharadita de sal

Azúcar glasé

Triturar las pacanas en una licuadora o robot de cocina. Mezclar todos los ingredientes excepto el azúcar glasé. Hacer una bola con la masa. Con las manos enharinadas, amasar bolitas de unos 2 centímetros de diámetro y poner a hornear en bandejas para galletas. Yo suelo forrar las bandejas con papel encerado o papel de horno y las rocío con aceite Pam. Hornear 20 minutos a 160°. Retirar las galletas y el papel de la bandeja y dejar enfriar unos minutos. Comprobar que aún estén un poco calientes y luego sacudir suavemente en el interior de una bolsa con el azúcar glasé. Colocar de nuevo sobre el papel y espolvorear más azúcar glasé mientras se enfrían. Para cinco docenas.

Noto la cama caliente bajo el cuerpo. Jim me besa en las cejas, recorre mis pestañas y, por último, desciende por la nariz. Sus besos saben a canela. Abro la boca para recibir su lengua inquieta. El calor de su cuerpo me enciende. Noto junto a la mejilla la presión y la suavidad de su cabeza. Percibo el contacto, percibo su cuerpo. Me invaden las sensaciones, me vuelvo más receptiva. Jim sigue bajando hacia el cuello, luego hacia la clavícula, rodea el ombligo... Ahora noto sobre mí el peso de su cuerpo. Se me acelera el corazón, arqueo la espalda para recibirlo y separo las piernas. Él se desliza en mi interior, entra con un único y delicado movimiento. Vacilo un instante, porque quiero disfrutar de esta unión perfecta, y luego empezamos a movernos y respirar al unísono. Nos mecemos juntos. El calor aumenta hasta transformarse en intensas oleadas que me invaden y me llenan por completo. Nuestros movimientos son el universo entero. El calor dorado, la unión de nuestros movimientos... Me oigo gemir cada vez que me invade una de esas oleadas. Y es esa intensa sensación, o tal vez mis propios gemidos, lo que me despierta.

Estiro el brazo hacia el otro lado de la cama, buscando a Jim, aunque sé que la cama está vacía. Jim está en casa, metiendo prisa a sus hijos para que no lleguen tarde al colegio. El sueño y el orgasmo que éste ha provocado me sorprenden. ¿Cuándo fue la última vez que soñé algo parecido? Han pasado años. Décadas. Tal vez cuando Tara aún era un bebé. Creía que esos restos de lujuria y esa necesidad de conseguir satisfacción ya habían desaparecido, que la menopausia había atenuado mi deseo. Me invade una extraña mezcla de relajación y euforia. No veo a Jim lo suficiente. No tenemos tiempo sufi-

ciente. No practicamos lo bastante el sexo debido a las obligaciones que él tiene con sus hijos y a su complicado horario de trabajo. Lo de hacer el amor es más bien una provocación, una promesa. Pero, me digo, Jim me ha dado vitalidad. Hacía mucho tiempo que no me enamoraba.

En el exterior, la nieve cae como si fuera una especie de densa niebla formada por cristales. *Disney* sonrío, sentado junto a mi cama: le cuelga la lengua y la cola golpea alegremente la moqueta. Hoy es un día importante y de mucho trabajo, así que más vale que me ponga en marcha. Abandono a regañadientes los vestigios de mi sueño en la cama aún caliente: me pongo mi albornoz de forro polar color lavanda, dejo salir a *Disney*, vierto en una taza el café que sobró anoche y meto la taza en el microondas. Resguardo las manos bajo las axilas para entrar en calor mientras *Disney* desaparece tras el garaje.

No podé las plantas vivaces, así que ahora la nieve se amontona en los huecos. Tendría que haber cortado el césped una vez más. Suena la campanilla del microondas, cojo la taza de café y sigo contemplando por la ventana con mirada ausente. Son las siete de la mañana. En San Diego están sólo a cuatro grados. Me pregunto si Sky ya estará despierta. Se supone que hoy le dan los resultados... a lo largo de la tarde, hora suya. Durante la fiesta navideña de la galleta.

Disney llega saltando desde detrás del garaje, sacudiendo sus negras orejas, y se sienta ante la puerta corredera de cristal. Entra corriendo cuando la abro y se sacude la nieve de encima.

—¿Te gusta meter el invierno en casa? —le pregunto.

Menea la cola.

—Buen chico.

Siempre encuentra una respuesta sencilla a mis preguntas.

Bebo despacio mi café mientras inspecciono la cocina y el comedor. La fiesta de la galleta me obliga a poner toda la decoración navideña: minibombillas que cuelgan del árbol de fuera, luces rojas en forma de pimientos picantes que adornan la ventana de la cocina... Ayer decoré el árbol con los adornos de ganchillo y macramé que solía vender en la feria de artesanía de la ciudad en mi época hippy. Alrededor de la base del árbol, unos cuantos regalos envueltos y mi colección de ositos de peluche. El que Alex le regaló a Sky en su primer cumpleaños perdió un ojo hace veinte años; Sky le tejió un jersey rojo bastante asimétrico cuando tenía diez años. El osito de la casa Steiff que compré cuando fui a Alemania con Stephen espera con los brazos abiertos que alguien lo abrace. La osita de peluche de Tara está perfectamente sentada, con su vestido rosa y su diadema. Encantadora, pero falta de amor. Conecto las luces del árbol y parece que ya haya llegado la Navidad.

Después de subir el termostato, hago la cama, ordeno la habitación y, por último, me visto con unos vaqueros y una camiseta roja. Luego me pongo el delantal de bruja galletera que me hizo Allie, el que tiene estarcidas las normas del club.

Al principio, las nueces pacanas rebotan en el interior de la licuadora Cuisinart y producen un desagradable sonido, hasta que los trocitos empiezan a ser más pequeños. Este año, tanto Sky como Tara se llevarán una docena extra de bolitas de mantequilla y pacanas, por lo que la receta se multiplica por tres y medio. Echo la mantequilla, algo más de medio kilo, en un contenedor de cristal y pongo el microondas en marcha. La batidora KitchenAid de mi madre está sobre la encimera. Añado las cantidades necesarias de harina, azúcar, vainilla y sal.

Suena la campanilla del microondas, vierto la mantequilla derretida y pongo en marcha la batidora. Mientras va mezclando, saco las bandejas para galletas y cojo papel de horno de un cajón. A continuación rasco bien la masa que se ha quedado adherida al fondo del recipiente y ya tengo una tanda hecha. Luego selecciono en mi iPod la lista de rock y Tina Turner empieza a preguntarse qué tendrá que ver el amor. «Pues todo», le digo. Pero entonces recuerdo mi sueño y me pregunto si lo habré tenido porque quiero a Jim o sólo porque quiero recuperar nuestras fabulosas noches de sexo. Tal vez ambas cosas. La verdad es que no me gusta mucho estar tan enamorada de él.

Las manos se me quedan rebozadas en harina mientras amaso las bolitas, pero consigo concentrarme en una tarea metódica, rítmica. Coloco los deliciosos bocaditos en filas de cuatro en la parte superior de la bandeja. Tres docenas en cada bandeja. La simplicidad y la belleza de ese cálculo matemático, y lo rutinario de la tarea, me hace pensar en las mujeres que hilan con un huso, trabajan la masa, recogen bayas, adornan zapatos con cuentas, tejen o muelen grano. Me siento conectada a esas mujeres de antaño, y a las mujeres del mundo entero, pues todas y cada una de nosotras cocinamos, fabricamos ropa y utensilios para nuestras familias y amigos, y también para nosotras mismas. Coloco una bandeja en el horno y empiezo a preparar la siguiente. La parte fácil ya está hecha. Durante unos cuantos minutos, me concentro de nuevo en la relajante tarea de amasar bolitas, luego coloco la bandeja en el horno y compruebo el reloj. Cinco minutos más.

Lleno la mesa del comedor de bandejas forradas de papel de horno, echo el azúcar glasé en una bolsa de plástico y coloco unos agarradores en el centro de la mesa. Suena el tempo-

rizador del horno. Saco una bandeja y la dejo sobre la mesa. Las galletas tienen la misma tonalidad marrón que las hojas de los robles en otoño; el aroma de las nueces pacanas asadas invade la estancia. Seger canta algo acerca de que el otoño ha pasado muy de prisa y el invierno ya está aquí. Ya. ¿Cómo es que este año ha sido tan rápido? Pienso en el paso de las estaciones y en las formalidades que debemos cumplir durante cada una de ellas. Empiezo a amasar bolitas para la tercera bandeja. Y luego dejo deslizar de la bandeja caliente a la mesa el papel de horno lleno de galletas, coloco la bandeja metálica sobre la cocina para que se enfríe y con mucho cuidado deposito las bolitas en la bolsa llena de azúcar glasé.

Es una tarea que hay que hacer de prisa: las galletas no pueden estar muy frías, porque entonces no se empapan bien de azúcar glasé. Si están demasiado calientes, te quemas los dedos. La segunda bandeja ya está a punto y vuelvo a la cocina para sacarla del horno.

Entonces suena el teléfono.

Giro sobre mis talones para coger el auricular, que está en la encimera junto al contenedor de mantequilla vacío, y me doy un golpe en la mejilla con el canto de la puerta abierta de un armario. La puerta se cierra ruidosamente en el mismo momento en que noto un dolor agudo y un escozor que se va extendiendo por la mejilla.

—¿Mamá?

—No puedes dormir, ¿verdad?

No puedo dejar de trabajar, así que sujeto el teléfono entre el cuello y el hombro mientras sigo metiendo galletas en la bolsa de azúcar.

—Qué va. No hago más que dar vueltas y tengo miedo de despertar a Troy —dice Sky con voz ligeramente temblorosa.

Sigo rebozando las galletas en el interior de la bolsa de azúcar.

–Ya me lo imaginaba.

–He pensado que ya te habrías levantado para hacer las galletas.

–Pues has acertado. Acabo de sacar la primera bandeja y ahora mismo las estoy rebozando en el azúcar glasé.

–Ah. Las bolitas de mantequilla y nueces pacanas de la abuela.

–Mis preferidas.

–Y las mías también.

Yo no tenía ni idea de que Sky y Troy querían tener un hijo cuando fueron a buscarlo por primera vez, hace tres años. Al fin y al cabo, en aquella época los dos estaban estudiando Derecho y Sky planifica su vida en función de los objetivos que quiere alcanzar. Pero me llamó para alardear de que se había quedado embarazada en el primer intento. Tal y como lo dijo («Me he quedado en el primer intento»), y por la risita que se le escapó después, parecía como si nunca antes hubieran hecho el amor.

Compré tela para hacerle una colcha a mi primer nietecito y la estaba entrando en casa cuando Sky llamó, hecha un mar de lágrimas. Había perdido el bebé.

–Cariño, lo siento muchísimo –dije con voz apenas audible–. Estarás triste unos cuantos meses.

–Eso es lo que ha dicho la doctora. Me ha asegurado que podemos volver a intentarlo dentro de seis meses, pero a mí eso me parece muchísimo tiempo –dijo Sky, y se sorbió la nariz, aunque después trató de reírse–. No es tan raro tener un aborto, sobre todo la primera vez –dijo.

–Me quedaré contigo unos días.

—No hace falta —respondió, pero noté alivio en su voz.

Pero el año siguiente tuvo otro aborto. De nuevo me llamó para decírmelo y de nuevo cogí un avión para ir a verla.

—Ojalá vivieras más cerca.

—Ojalá.

Cuando se quedó embarazada por tercera vez, todos conseguimos el aliento. Yo intentaba eliminar todo rastro de angustia en mi voz cuando hablaba con ella. El embarazo siguió adelante.

—A lo mejor tendría que dejar de trabajar —decía—, pero me están controlando mucho el embarazo.

Al llegar el cuarto mes, respiré de nuevo. Pero luego, en el octavo mes, cesaron los movimientos y una ecografía confirmó que el bebé había muerto. Lo mejor, de cara a un futuro embarazo, era esperar a que se iniciara el trabajo de parto.

—El bebé se está pudriendo en mi vientre.

—Mañana mismo estoy ahí.

—No, espera, espera hasta que me ponga de parto. Entonces sí que te necesitaré a mi lado.

—¿Cómo está Troy?

—Asustado y confuso, como yo —suspiró—. Sólo tengo que aguantar un mes más. Supongo que podría transformar la habitación del bebé en un estudio o en una habitación de invitados.

—¿Es que vas a dejar de intentarlo?

Me la imaginé con el teléfono inalámbrico pegado a la oreja, mientras deambulaba de un lado a otro, pasando por delante del sofá y de la mesa del comedor, entrando en la cocina y vuelta a empezar.

—No sé si podré soportarlo otra vez.

—Tienes mucho tiempo para decidirlo.

–Es que ni siquiera sé si puedo soportar *esto*, tener que vivir un mes entero con un bebé deforme y muerto en mi vientre.

–¿Deforme?

–Eso es lo que me han dicho al hacer la ecografía. Al bebé le pasa algo y seguramente por eso he tenido ya dos abortos.

–No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver que a este bebé le pase algo con los abortos anteriores?

–Podría ser algo genético. Es decir, puede que Troy y yo tengamos un problema genético.

Traté de encontrar las palabras mágicas para consolarla.

–Entonces, ahora podrán saber qué es lo que no va bien y te podrán ayudar. A los dos.

–Sí. Ya.

–¿Quieres venir a casa?

–No, quiero fingir que todo va bien y seguir adelante con mi vida. O con lo que me queda de ella.

No pude combatir su amargura.

Llamó nada más ponerse de parto. Cogí un avión y llegué cuando estaba entrando en la fase de transición. Le cogí la mano. Troy paseaba de un lado a otro. Le enjuagué el sudor de la frente mientras ella cerraba los ojos con fuerza y jadeaba. Gruñía. Me cogía la mano con fuerza. Gritaba. Soportó toda la agonía del parto pero sin el final feliz. El dolor no desapareció con el primer llanto del bebé. Trató de contener las lágrimas mientras estrechaba entre sus brazos al bebé muerto. Estaba cianótico. Vimos las deformidades que los médicos habían descubierto en la ecografía: los brazos muy cortos y la cara como aplastada. Apenas tuvimos tiempo de echarle un rápido vistazo antes de que lo envolvieran en una sábana y se lo llevaran para hacerle pruebas genéticas.

—Por lo menos, todo ha terminado —dijo, y se encogió sobre la mesa de operaciones como si quisiera desaparecer—. Creí que no lo iba a conseguir.

—Lo has conseguido. Y te has portado como una valiente —le respondí al tiempo que le apretaba la mano y la besaba en la frente.

—¿Por qué no me avisaste?

Me observó con los ojos muy abiertos y una mirada de sorpresa en ellos, como si yo la hubiera traicionado, como si le hubiera ocultado a propósito una información muy importante.

—Porque el dolor se olvida en cuanto tienes a tu bebé entre los brazos.

Sky se sorbió los mocos.

—Entonces, creo que a mí jamás se me olvidará.

Troy la besó.

—Te quiero muchísimo —le dijo mientras las lágrimas le resbalaban mejillas abajo—. Pobrecito bebé... Eres tan valiente.

Sky reprimió un grito.

—Sí, es muy valiente. Los dos lo sois —dije mientras le ofrecía un poco de agua. El doctor le suturó la episiotomía y le pusieron una inyección para retirarle la leche.

Nadie sabía qué más decir. Lloramos los tres bajo las intensas luces de la sala de partos, mientras el médico seguía suturando entre sus piernas.

—Todos hemos perdido al bebé, ¿verdad?

Sky nos observó con sus ojos grises. Debido a las lágrimas, sus pupilas parecían mucho más grandes de lo que en realidad eran. La besé.

—Y todos estamos a tu lado, cariño.

Troy le apretó la mano y le apartó de la cara los mechos-

nes de pelo que se le habían quedado pegados por culpa del sudor.

Lloramos entonces y lloramos después por teléfono, cuando yo volví a casa. Y un día, conseguimos mantener una conversación sin echarnos a llorar. Para entonces, Sky ya volvía a estar embarazada.

Ahora, cuando ya han transcurrido cuatro meses, Sky me habla en susurros, como si se estuviera disculpando.

—Lo único que he deseado siempre en esta vida es ser madre. Quiero decir que eso es lo más importante, ¿no?

Pongo más galletas en la bolsa de azúcar glasé.

—Sí.

Me lo dice muy a menudo, como si el solo hecho de repetirlo una y otra vez sirviera para hacerlo realidad, como si las plegarias siempre hallaran respuesta.

Cuando era pequeña, Sky siempre quería bebés de juguete, a una edad en que sus amigas ya coleccionaban Barbies. Llevaba a su muñeca Matilda en una vieja mochila Snugli de cuando ella era pequeña, le cantaba canciones de cuna y dormía con ella. Hasta le ponía pañales a su perrito de peluche. No sé si todo ello está relacionado con una especie de añoranza hacia lo unidas que estábamos ella y yo antes de que naciera Tara, o si bien se trata de celos invertidos o de competitividad debido a la llegada de Tara. O tal vez sea porque veía lo feliz que me hacía a mí ser madre. O puede que no se trate más que de un impulso biológico, del amor que siente por Troy y de la necesidad de ver ese amor representado en un hijo. Lo cierto es que ser madre se ha convertido en la cima de las ambiciones de Sky. Quizá lo único que hace falta es que yo acepte ese hecho tal cual, sin más.

Distribuyo las galletas en ordenadas hileras, ahora de seis en seis.

–Hay muchas maneras de ser madre.

–Lo único que quiero es que esto se acabe ya. Quiero saber los resultados, porque cuatro meses de angustia es más que suficiente. Hay personas que saben algo crucial de mi vida y yo tengo que esperar. Ojalá pudiera saberlo a primera hora de la mañana, para enfrentarme a lo que venga a continuación.

–O para disfrutar del embarazo y de la llegada del bebé –digo mientras rebozo unas cuantas bolitas más en el azúcar glasé–. Estoy segura de que la doctora te llamará en cuanto tenga los resultados.

Sky guarda silencio. Me duele la mejilla y tendría que ponerme un poco de hielo, pero no puedo. Ahora mismo, no. Cuando terminemos de hablar. Cuando termine esta tanda de galletas.

–Espero no estropearle la fiesta de las galletas.

–¿Estropearla? Tendré aquí a todas mis amigas para celebrarlo juntas.

Ella interpreta mi trémulo optimismo como una esperanza en cierta manera empañada.

–O para que te consuelen.

–Y a ti. Sabes que te quieren. No estás sola.

Mientras voy colocando una hilera de galletas tras otra, el azúcar glasé se me antoja al tacto tan suave como una pluma. La primera bandeja ya casi está lista.

Silencio. Sky ha dejado de pasear de un lado a otro.

–No dejo de pensar y de preguntarme por qué nos ha tenido que pasar precisamente a nosotros. Es tan casual que Troy y yo compartamos ese gen recesivo cuando ni siquiera pertenecemos al mismo grupo étnico... Quiero decir, que nosotras somos más bien de origen germánico y él, de origen italiano.

–Dos grupos muy cercanos, ¿no?

—Sí, pero la doctora ha dicho que es como si fuéramos hermanos, como si perteneciéramos a la misma familia.

—Y tal vez por eso os va tan bien juntos. Y no olvides que tienes un cincuenta por ciento de posibilidades de que este bebé esté sano. Cada bebé tiene un cincuenta por ciento de posibilidades. A lo mejor ya has agotado la mitad mala y a partir de ahora tendrás tres embarazos normales.

—No funciona así, mamá. Es un cincuenta por ciento cada vez que lo intentas.

Lo sé, pero a veces le cuento historias de hadas con final feliz, como si así pudiera hacer desaparecer esa amenaza que la persigue.

—Los finales felices no son imposibles. A veces ocurren —le digo. La primera bandeja de galletas está terminada. Las de la segunda tanda se están enfriando. Tengo que darme prisa—. Eres una mujer muy fuerte. A pesar de lo que ocurrió la última vez, vuelves a intentarlo y, en el fondo de tu corazón, sabes que ahora va a salir todo bien. —Introduzco un puñado de bolitas en la bolsa de azúcar y las hago rodar de un lado a otro—. Bueno, ¿qué vas a hacer hoy?

—¿Cómo está Tara?

—Muy bien.

La verdad es que su hermana pequeña, Tara, está embarazada de ocho meses, tiene dieciocho años y no está casada. El padre de su bebé es un ex presidiario negro que aspira a convertirse en estrella del rap. Este verano, fue la propia Tara quien expresó en voz alta una ironía que a nadie se le había escapado.

—Joder, aquí me tenéis, embarazada sin buscarlo y metida en lo que casi todo el mundo definiría como, bueno, una relación absurda, mientras que tú —prosiguió ladeando la cabeza

para señalar a Sky-, que haces las cosas como se supone que hay que hacerlas, te mueres por tener un hijo y... –Se le fue apagando la voz y miró abiertamente a Sky-. Como se suele decir, qué injusta es la vida. Es... ¿cómo lo llaman? Una farsa.